

los chinos ó el clima insalubre de los arenales del Africa, ó de las selvas de la India, porque tiene dos manantiales inagotables, Dios y el pueblo: Dios, que ha dicho á su sacerdocio: "Hé aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos;" el pueblo, cuyo sacrificio dará siempre ministros á Jesucristo y servidores á sus hermanos.

La condición del sacerdote, exceptuado un pequeño número de situaciones, es dura.

Dura es en los países idólatras, y todos los años, de cada una de las naciones católicas, y de Francia en primer lugar, emigran gran número de sacerdotes al Thibet ó la China, á las islas oceánicas, no en busca de terrores, sino de almas para Jesucristo.

En la *Revue d' Economie Chretienne* (publicación que demuestra el interés que toman en el bienestar de las clases trabajadoras los curas y los sacerdotes católicos por ellos formados) leíamos poco ha un artículo sobre la *Región de las fuentes del Nilo*. En él se lee que de treinta y siete sacerdotes empleados en el espacio de diez años en las misiones del Alto Nilo, treinta y cuatro han fallecido en tan poco tiempo. Los *Annales de la Propagation de la Foi* están llenos de casos semejantes. Uno de los fundadores de la misión de los Jesuitas en el Maduré, ha visto morir, en pocos años, quince religiosos de su compañía. Uno de estos jesuitas sucumbió del cólera apenas llegado á la India. A la noticia de su defunción, un su hermano, miembro de la misma asociación, solicita y obtiene el honor de reemplazar en el campo del sacrificio al religioso herido por el terrible azote. El clima del Africa central devora los misioneros europeos; más ¡que importa! en Francia se ha formado una Sociedad de Misiones Africanas.

Dura es la misión del sacerdote en el aislamiento de una parroquia rural, en medio de una población por completo dedicada á sus faenas y á menudo rebelde á las enseñanzas y á las exhortaciones de su pastor.

Dura es la condición del sacerdote, aun

en los grandes centros, donde si sus beneficios son algo más considerables, necesita vivir en medio de cuidados y de conflictos que renacen todos los días.

Dura es en todas partes, gracias á las calumnias con que se les abrumba, á las trabas que se suscitan contra su ministerio, á las deserciones que ocasionan las malas doctrinas entre las ovejas de su rebaño, á los escándalos suscitados por las excitaciones de los malos, á la perdición de las almas que la impiedad obtiene con aterrorizadora sangre fría, sin pensar en el terrible juicio que les aguarda.

¡Y, á pesar de todo, el puesto del sacerdote, tan envidiado en otras épocas, y tan poco envidiable en la nuestra, humanamente hablando, jamás será abandonado! No nos destruirán, no nos amordazarán, no nos someterán, no; que á todo resistiremos. Ante la falsedad como ante el acero, ante las cobardes emboscadas de la novela anónima como antiguamente ante las tiránicas legislaciones de los césares, permaneceremos siempre de pie, y la hora llegará indefectiblemente en que seremos vengados.

¡No hay excusa que os valga! Los sacerdotes os han hecho grandísimo bien: á muchos de vosotros, á los que más se distinguen por su inquina más refinada y más implacable, ¡cuánto bien les han hecho los sacerdotes!

¡No hay excusa que os valga! El sacerdocio católico no es una asociación oculta como la francmasonería, que, á pesar de su mote de *secreta*, anunció poco há el atrevido proyecto de hacerse reconocer como de utilidad pública. Se sabe bien cuales son las obras del sacerdocio; y éstas, sean cuales fueren las debilidades personales de algunos de sus miembros, no dan en manera alguna el derecho de escupirles la cara.

¡No hay excusa que os valga! A pesar de vuestro progreso, el sufrimiento ejerce aún sobre la tierra un imperio que se extiende por todas partes. Las clases trabajadoras tienen sus penas, y aun las clases ricas conocen de sobra lo que son las lágrimas. Los sacerdotes son los con-

soladores, derramando aceite y bálsamos sobre tantas y tantas llagas, interin se aguarda el placer que anunciáis y que tarda tanto en llegar. ¿Con qué derecho venís, pues, á arrebatarse una persona que les consuele á tantos y tantos semejantes vuestros que sufren?

¡No hay excusa que os valga! Más que nunca son necesarias las virtudes en este mundo corrompido. En todos los siglos los curas han conocido el secreto de combatir el vicio y alentar la virtud. En todos los siglos han dado á la familia esposos fieles, padres celosos, hijos respetuosos, comerciantes honrados, obreros laboriosos, ciudadanos ordenados, soldados valerosos, administradores íntegros; á los miembros enfermos y separados del cuerpo social, amigos asiduos y caritativos. ¿Con qué derecho sustituyendo tan firmes convicciones con vuestras opiniones movedizas, sacudís el más firme apoyo de la virtud?

¡No hay excusa que os valga. Empleáis medios indignos, ocultáis el bien y exhibís y exageráis el mal. La historia de los Santos ofrece á quien se tome la pena de hojearla una larga y admirable cadena de sublimes ejemplos dados por sacerdotes católicos. La *Gaceta de los Tribunales* contiene, tres ó cuatro veces cada año, el triste drama de alguna caída sacerdotal. Vuestro lectores solamente por esta publicación conocen el sacerdocio católico.

Publicáis novelas infames sobre el clero; el lector debiera sospechar que todo lo que en ellas se cuenta es sólo producto del sueño impuro de la imaginación de un clerófobo; pero sabéis perfectamente que, amaestrado ya por vosotros, el lector, ante el tipo de un sacerdote hipócrita, codicioso, libertino, ó imbécil, que le ofrece vuestra pluma, dirá: "¡He ahí el clero!"

¡No hay excusa que os valga! Por qué en definitiva nada serio podéis dar al pueblo en lugar de las creencias consoladoras y fortificantes que arrojáis de su corazón. Por mucho tiempo aún, quizá hasta el momento en que el cristianismo

más universalmente acogido, haya hecho triunfar completamente sobre la tierra con la paternidad de Dios, la fraternidad humana; la mayoría de los hombres ganará penosamente su pan en medio de grandes trabajos y de una desagradable sumisión á superiores colocados más alto en la escala social. Hombre de trabajo y obediencia voluntaria, el sacerdote persuade con eficacia á su hermano pobre á amar el trabajo y resignarse á obedecer. Es verdad: él no le convierte en esclavo, sino que le enseña á estimar en más su conciencia y su honor que la vida misma, y en cambio le explica el enigma de su destino.

La vida actual no es otra cosa que una vida de prueba. En mano de cada uno de nosotros está el procurarse, por una eternidad, una dicha que aumenta por instantes con nuestros méritos personales y que nadie puede arrebatarnos. Para ayudarnos á conquistar esta felicidad, Dios mismo, apareciendo sobre la tierra, se hizo para siempre nuestro hermano, nuestro compañero y nuestro modelo.

Ante tan sublime doctrina ¿qué son vuestros ensueños filosóficos y vuestros sistemas, que se suceden como las olas á las olas en un mar tempestuoso? ¡Sólo sabéis predicar la adoración á los placeres; más como no basta adorarlos para alcanzarlos, tan sólo lográis aumentar dolores á medida que aumentáis los deseos. Nosotros predicamos, en cambio, el culto de la cruz y nuestros discípulos hallan al pie de ella delicias inefables.

¡No hay excusa que os valga! El malhechor que en la sombra hiere y despoja á su semejante, á menudo ha sido arrastrado al crimen por el hambre: ¡pero vosotros no tenéis hambre! Si tuvieráis, el sacerdote no rehusaría, no, partir su pan con vosotros. Más honroso es mendigar que difamar. Pero vosotros no tenéis hambre. La credulidad humana ha pagado y pagará á peso de oro vuestros nocivos escritos. Uno de vosotros demostraba que la *Vie de Jesús* era un libro excelente por la razón de haber re-

portado 120,000 pesetas á su autor. (Sea así. Los cuatro viejos Evangelios han proporcionado á los pobres más millones que pesetas á su autor de aquella obra.) ¡Pero vosotros no tenéis hambre! Sois ambiciosos solamente: queréis adquirir fama, fortuna, posición. Queréis medrar; y por la razón de que el Catolicismo dificulta la realización de vuestros ensueños, es preciso que se desplome, y que el sacerdote, que es su defensor, desaparezca para siempre.

Heridos en lo más hondo de su corazón por ataques tanto más pérfidos y crueles cuanto se cubren con la máscara del amor á la humanidad y á la imparcialidad, los curas se vengarán.

Sí, nosotros nos vengaremos, y el mundo entero será testigo de nuestra venganza.....

Nos aborrecéis porque estorbamos que paren en presas vuestras las almas populares. Nos aborrecéis y nos perseguís. Pues bien, en cambio haremos nosotros lo que toda vuestra habilidad es impotente á impedir.

¡Os amaremos!

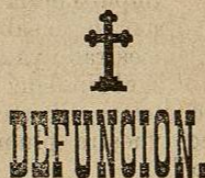
Os amaremos á vosotros y á todos los vuestros.

Encargaremos á vuestros hijos que os respeten, aun después de que os hayáis hecho despreciables; excitaremos á vuestras esposas á permanecer fieles, aun á la vista de vuestras infidelidades; exhortaremos á vuestros servidores á soportar con paciencia vuestro genio, á no apropiarse de nada de lo que os pertenece, á emplear el tiempo con conciencia; visitaremos á vuestros padres enfermos, y, dado caso de que hayan sido por vosotros abandonados, les impediremos maldeciros; oraremos por los difuntos que os son caros y por los que no oráis vosotros; apaciguaremos las rencillas de las familias originadas, quizá, por vuestro proceder; nos esforzaremos en hacer que reine la paz en vuestro hogar y el orden en vuestras ciudades; después, cuando el soplo glacial de la vejez, ó la borrasca más rápida de las desdichas, habrán extinguido vuestra prosperidad terres-

tre; cuando iluminados por reflexiones más profundas, y desengañados, busquéis en vano en vuestros sistemas un consuelo y una esperanza; veréisnos volar á vuestro lado con palabras de fraternal ternura, desafiando, si es preciso, no sólo la fatiga y las injurias de los que os rodeen, sino las epidemias más terribles; nos vengaremos de la saña con que habéis trabajado para hacernos desdichados en la tierra, abriendo ante vosotros las puertas de la felicidad eterna.

Y si algún día explota el volcán que ruge bajo nuestros pies; si la turba, que pensáis manejar á vuestro antojo, se os escapa y lleva hasta sus últimas consecuencias prácticas la religión del *yo* que le habéis enseñado; defensores del derecho de propiedad y de todos los derechos, los sacerdotes serán los primeros en sucumbir; pero su sangre, como la de su Divino Maestro, aplacará los rayos del cielo y clamará misericordia. Tales discípulos, lógicos en alto grado, que aterrorizarán á sus maestros con la realización literal de sus teorías, reinarán por poco tiempo. Entonces se os verá á todos vosotros acudir á los curas salvados de la catástrofe, suplicándoles que devuelvan á la sociedad la estabilidad y la paz. Estos restos del sacerdocio diezmado aceptarán la pesada carga; sus piadosas manos curarán las heridas de la sociedad magullada, y tan visiblemente serán los salvadores de todos sus hermanos que vosotros mismos los bendeciréis.

¡Así se vengarán los curas!

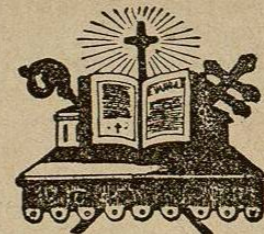


El día 9 del corriente falleció en esta ciudad el Sr. Presb. D. Espiridion Medrano.

R. I. P.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. FRANCISCO ZUÑIGA.

TOM. VI.

GUADALAJARA, SEPTIEMBRE 8 DE 1890.

NUM. 41.

SECCION I.

Breve Apostolicum

Quo nonnulla Festa inseruntur Calendariis Ecclesiae universalis et Cleri Romani, ac reformatur rubrica de Translatione Festorum.

LEO PP. XIII.

AD PERPETUAM REI MEMORIAM.

Nullum unquam tempore Romani Pontifices Antecessores Nostri praetermiserunt Sanctorum vivorum, qui doctrina, virtute, rerum gestarum praestantia Catholicam Ecclesiam, dum in terris agerent, illustrarunt, memoriam in animis Christianifidelium, eorum praesertim, quorum est caeteros exemplo anteire, quo altius possent imprimere. Id autem hac inter alias ratione consequuti sunt, eorumdem scilicet Sanctorum festa sive in Universalis, sive in Particularibus Ecclesiis indulgendo, ac vitae et rerum gestarum historiam Breviariis inserendo, ut qui divinas preces recitare tenentur, ab iis virtutum illorum factorumque memoria cum laude quotannis repetatur. Hinc nostris etiam temporibus s. m. Pius Papa IX Praecessor Noster vota excipiens et preces multorum Sacrorum Antistitum, qui Romam convenerat Oecumenici

Concilii Vaticani causa, peculiarem constituit Anno MDCCCLXXIV Sacrorum Rituum Congregationem, cui munus detulit expendendi utrum opportunum esset in Calendario Ecclesiae Officia inserere nonnullorum Sanctorum, qui Apostolorum opus praeter caeteris prosequuti Ecclesiae universae aedificandae ac tuendae, et inter diversas gentes dilatandae impensius adlaborarunt. Officia haec erant Sanctorum Bonifacii Episcopi et Martyris, Iustini Philosophi Martyris, Cyrilli et Methodii Pontificum et Confessorum, Cyrilli Episcopi Alexandrini, Cyrilli Episcopi Hierosolymitani et Augustini Episcopi Cantuariensis. Haec autem peculiaris Congregatio Sacrorum Rituum, omnibus quae ad rem pertinerent accurate perpensis, expedire censuit Officium S. Bonifacii ritu duplici ad universam Ecclesiam extendi indulgendumque esse illis, qui S. Iustini Officium peterent eodem ritu: de aliis rem differre placuit. Quam sententiam idem Praecessor Noster ratam habuit et confirmavit. Haec tum quidem acta sunt. Anno autem MDCCCLXXX visum est Nobis, Sanctis Fratibus Cyrillo et Methodio Slavoniae gentis Apostolis eisdem cultus honorem tribuere, S. Bonifacio, ut diximus, a Praecessore Nostro delatum. Porro cum Sacrorum Antistites ac Fideles rogare pergerent, uti pari honore condecorarentur tum S. Iustinus, tum alii inelyti Caelites, de quibus prolata res fuerat, tum etiam S. Iosaphat Episcopus Polocensis Martyr, praeclarum